

# Naciones etarias

Mauro Ruchetta



# Capítulo 1

## Naciones etarias

Ante la pésima situación económica que les impedía separarse, un matrimonio de Villa Soldati ideó un novedoso lenguaje en pos de salvaguardar la salud mental de sus tres hijos.

La regla principal consistía en expresar una idea inversamente proporcional al sentimiento que esta generaba: en la mayoría de los casos ira, bronca, resignación. Por ejemplo, si en la sobremesa uno quería recriminar que las papas al horno se habían pasado, lo que acarrearía inevitablemente un profundo dolor de todos los pernos y coronas, uno podía acompañarlo con una leve sonrisa incluso a media boca. Pero si en cambio, alguien quería reprochar el estado y horario de llegada de su cónyuge el sábado, ya domingo, terminada la frase debía soltar una carcajada y levantarse de la silla para ir a darle un tierno besito esquimal.

Los chicos no tardaron en comentar, primero entre ellos y después con sus compañeros de clase, lo bien que se llevaban sus padres, *iMamá y papá se la pasan abrazados!*, gritaban con asombro. Aunque no entendieran nada de lo que decían porque la regla número dos consistía en una alteración del lenguaje convencional, intercambiando vocales: la A era reemplazada por la O, y la E por la I. Por otro lado, si una palabra terminada en consonante, era seguida de una iniciada en vocal las dos palabras se pronunciaban ensambladas, inmediatas, otorgándole fluidez y un carácter indescifrable.

Por ejemplo:

“Hoy dormís en el sillón” se decía: “Hay darmesinil sellan”.

Sinceramente, ninguno de los dos pensó en el alcance que más tarde tendría su nuevo lenguaje. La gente más cercana se comenzó a interesar rápidamente en este susurro extraño, que emanaba y a la vez contagiaba felicidad. Como en todas las ciudades del mundo hay –en mayor o menor medida– gente que bien dispuesta a separarse no reúne los recursos necesarios o no logra desprenderse del todo de mandatos sociales, el ingenio de este humilde matrimonio fue tornándose cada vez más solicitado. El fenómeno expansivo comenzó en zonas aledañas –Floresta, Parque Chacabuco, Villa Crespo– pero rápidamente se propagó al interior del país llegando en pocos meses a los rincones menos pensados con una aceptación casi absoluta. En apenas seis meses el lenguaje llegó a implementarse en todos los países hispanohablantes de América latina e incluso en España con asidua frecuencia. UNICEF declaró obligatoria su

discreta enseñanza, más allá de las clases sociales y las particularidades de cada matrimonio (¿quien no tiene su rollo?).

Como la lógica del lenguaje era ocultar o disfrazar en lugar de comunicar, requería inevitablemente de un tercero que desconociera por completo la lógica de su existencia. Sin embargo, al propagarse, no hacía más que exponerse, a que una cantidad cada vez mayor de niños o incluso ancianos, pudiera develar su verdadero sentido. Y así fue que sucedió, alguien dijo "¡ah!", se corrió la voz y de un día para el otro el idioma se tornó predecible e inútil... Ahora los niños sabían que cuando sus padres hablaban esa lengua extraña e inentendible y reían, en realidad estaban regañando, o llorando, o maldiciendo. Su propio crecimiento lo llevó a desaparecer. Lo más lógico hubiera sido que los adultos, llegado este punto abandonaran su invento, pero en cambio, testarudos y con el orgullo bastante herido por la evidente fragilidad de su ingenio, decidieron continuarlo y empujarlo a usos claramente más cuestionables. De ahora en más el lenguaje se comenzaba a utilizar, en lugar de "para", "contra" los niños o mejor dicho contra cualquier otro grupo etario. Porque no era raro que de repente dos hermanos discutieran el asilo perfecto de su padre mientras le afeitaban la barba o que dos padres hablaran largo y tendido sobre el castigo del nene mientras se estiraban en la mesa para cortarle la milanesa. Ahora, sacando provecho de su todavía carácter indescifrable, el lenguaje pasaba a ser una cómoda herramienta de los adultos en beneficios de ellos mismos.

Estos usos cada vez más frecuentes no tardaron en generar mal estar y recelo. Así fue que los ancianos alteraron también su propio lenguaje a gusto y piacere. En Buenos Aires, de un día para el otro comenzaron a incluir en sus conversaciones diarias los números de la quiniela. Por ejemplo, si un anciano quería expresar "todos los aniversarios de nuestro casamiento, llevo flores al cementerio, no importa el mal tiempo ni la lluvia" ahora decía: "todos los aniversarios de nuestro 63, llevo 81 al 94, no importa 83, ni la 39". Alguna que otra vez se escuchaba un menos tierno e inocente "como rompe los 00 este 02" (como rompe los huevos este niño). Porque los ancianos sentían que los adultos los excluían de todo y en mayor medida que antes con su nuevo lenguaje, pero bien que eran reclamados a la hora del cuidado del nieto. Ahí sí que hablaban bien este idioma, ¡y qué manera más clara de pronunciarlo, de modularlo! El reclamo se fue generalizando con el orgullo herido que deja la marginalidad, así los ancianos de gran parte del mundo establecieron, con sede en cualquier cancha de bochas, que surgiría un nuevo documento esclareciendo el límite horario en el cuidado del niño. Ya no podrían ser más de cuatro horas diarias y el tupé de que te reten porque estaba mal rallado el puré de manzana. Todo esto pasaba a ser inconcebible. Los ancianos establecieron su propia bandera, totalmente blanca inspirada en la experiencia que otorga una cana y compatible a la falta de efectivo producto de irrisorias jubilaciones. Su himno era más bien nostálgico hablaba de calles de tierra, barriletes y peinados con gomina. El himno

adulto era en cambio avasallante y milimétrico y si era de noche lo acompañaban con una divertida coreografía a las luces de sus celulares.

La respuesta al reclamo no tardó en llegar por parte de los adultos, en principio se mostraron arrepentidos y dijeron que iban a respetar al pie de la letra lo solicitado, pero al siguiente fin de semana se vieron clausurados más de 300 bingos en diferentes puntos de todo el país. Los ancianos reclamaron que si no volvían a abrir para la siguiente semana serían saqueadas absolutamente todas las farmacias, en palabras textuales dijeron *“nos vamos a llevar hasta el último caramelo de propóleo”*. Los adultos no dieron marcha atrás e incluso amenazaron con desintegrarles todo el PAMI o el ente correspondiente en cada uno de los países. Las recurrentes amenazas por un tiempo no pasaron a mayores, pero el clima tenso y hostil ya se había propagado por gran parte del globo terráqueo, los niños –que a esta altura se comunicaban entre sí a través del jeringoso– una vez más quedaron en medio de una guerra, ahora mucho más grande y sanguinaria, ante la cual, nadie parecía interesarse demasiado en salvaguardarlos.

Por su parte, el ingenioso matrimonio de Villa Soldati creador del lenguaje, llegó a esta instancia casi bélica de lo más reconciliado. El aire fresco otorgado por las solicitadas conferencias dictadas a lo largo y ancho de todo el continente, sin duda, resultaron de gran ayuda.